

en los derechos económicos y sociales entre la población. Esta desigualdad no podía ser corregida solamente por una ley, ya fuese el derecho al sufragio o la libertad para opinar, si es que no ocurría una revolución en los derechos de propiedad sobre las tierras y minas, y si no se abatían los impedimentos sociales para que el emprendimiento económico pudiese estar al alcance de todos. Junto con el fidelismo, otros ingredientes de la independencia peruana que fueron destacados por la historiografía anterior, como el miedo entre los de arriba (que los llevó a inmolarsse en masa en los castillos del Callao, antes que conciliar con la nueva situación) y la violencia entre los grupos raciales, tampoco tienen en la nueva interpretación un intento explicativo. Si, a tono con la historia latinoamericana reciente, una «Comisión de la Verdad» hubiese de investigar la historia de la independencia, ¿qué encontraría?

No podemos pedirle todo a un solo libro. Víctor Peralta, un historiador peruano afincado en España, ha hecho con esta obra un aporte importante, que puede funcionar como el nuevo referente a discutir en los años que distan hasta el bicentenario de la independencia peruana. Pero podemos adelantar que dar con las raíces internas, latinoamericanas, del liberalismo hispánico, de modo que este no aparezca simplemente como una exportación peninsular hacia sus territorios coloniales, será el gran desafío para que esta interpretación de la independencia americana, que quiere sacudirse del «lastre» de considerar que las ideas de derechos civiles, libertad y autogobierno provinieron de los Estados Unidos y de Francia, pueda cuajar por esta parte del planeta.

Carlos CONTRERAS CARRANZA

Departamento de Economía de la Pontificia Universidad Católica del Perú

PETTINÁ, Vanni, *Cuba y Estados Unidos (1933-1959). Del compromiso nacionalista al conflicto*, Madrid, Catarata, 2011, 279 pp.

Uno de los primeros méritos a destacar en este formidable libro es la exacta adecuación entre título y contenido. En él se analizan las relaciones de Cuba con EE.UU. en el período en que se enmarca, con un rigor y meticulosidad, que satisfacen ampliamente las expectativas del lector interesado en una temática tan tratada, como poco conocida en profundidad.

Con el objetivo de desentrañar las motivaciones profundas de la oposición de Eisenhower a la toma del poder por Fidel Castro, el libro recorre la trayectoria política cubana desde la revolución de 1933 hasta la de 1959, pero no es el tema central del mismo ese recorrido, como no lo es tampoco el seguimiento de la oposición, legal y no legal, hasta la caída de Fulgencio Batista. El núcleo original de este trabajo —mucho menos estudiado hasta ahora que los otros aspectos mencionados— es la percepción que los distintos aparatos norteamericanos de poder tuvieron de la política y de los políticos cubanos y el comportamiento y reacciones de EE.UU. hacia Cuba, como consecuencia de dicha imagen.

El autor señala con énfasis la forma en que se interpretaban las noticias llegadas desde Cuba por los diferentes organismos estatales de EE.UU. —Departamento de Estado, CIA y diplomáticos del denominado «Cuarto Piso», entre otros— y cómo esa información estuvo impregnada de la cultura política propia de cada uno de ellos y determinada por los contextos tan diferentes como los que rodearon a Roosevelt, antes del final de la Segunda Guerra Mundial, o a Eisenhower, en plena Guerra Fría.

Asimismo, es particularmente interesante la aportación referida a la excepcional importancia del déficit de comunicación Washington-La Habana. El papel de los embajadores norteamericanos en Cuba —similar, por otro lado, al del resto de los embajadores centroamericanos o caribeños— cuyos comportamientos estuvieron en tantas ocasiones mediatizados por amistades e intereses personales y económicos con los dictadores de sus países de destino. De ese modo, el autor afirma que las debilidades de los canales de comunicación enturbiaron la correcta transmisión de las realidades y cómo las deformaciones derivadas de esa opacidad influyeron muy negativamente en el conocimiento que EE.UU. fue capaz de tener de las diversas coyunturas cubanas.

Otros aspectos relevantes que se destacan en esta investigación como elementos de primera magnitud por su influencia en el desenlace de la revolución de 1959, y muy escasamente relacionados hasta ahora, serían la significación que tuvo la inestabilidad de la política cubana en la década de 1940, o las causas por las que la Administración Eisenhower llegó a identificar movimientos nacionalistas con movimientos de carácter marxista.

En el ámbito internacional, Vanni Pettinà resalta el peso crucial de las alianzas habidas durante la Segunda Guerra Mundial y en el contexto de la Guerra Fría. La hostilidad de Eisenhower hacia el proyecto de Fidel Castro se enfoca desde una nueva perspectiva que se aleja de la premisa, largamente sostenida, de la inevitabilidad del choque entre ambos mandatarios. En este sentido, el autor pone de manifiesto dos cuestiones de gran importancia: por una parte, cómo Eisenhower se sintió frenado en su apoyo a la oleada independentista de la década de 1950 porque sus aliados europeos habían sido, y aún lo eran en parte, grandes potencias coloniales. Por otra parte, se analiza de qué forma el éxito de la política de Khrushchev, de apoyo a la descolonización, supuso un reto de grandes proporciones para EE.UU. e influyó en una desconfianza extrema hacia los proyectos nacionalistas, a los que se aproximaban los partidos comunistas, hasta terminar identificándose en múltiples ocasiones. Y de ese modo fue considerado el nacionalismo castrista, incluso antes de que tuviera contactos relevantes con la URSS. Así pues, en el trabajo se concluye que la rivalidad por la hegemonía de los modelos norteamericano y soviético, en sus relaciones con el resto del mundo, fue un factor de gran consideración en la actitud de EE.UU. hacia Cuba.

No obstante todo lo anterior, tampoco se deja de señalar el trasfondo de peligro que podía suponer para los intereses económicos norteamericanos el surgimiento de los movimientos nacionalistas, que se unió en Cuba a la conveniencia de mantener a Batista desde que se presentó como uno de los «bastiones anticomunistas» del Caribe. La investigación hace hincapié en que nada de ello pasó desapercibido para EE.UU.

En cualquier caso, según Vanni Pettinà, el enfrentamiento soterrado entre EE.UU. y la URSS no fue la única causa ni la más determinante y es preciso tener también muy presente la marginalidad de que fue objeto el área latinoamericana en la agenda de prioridades de Washington en este período: atendiendo a problemas que se vivieron de modo mucho más acuciante, como el nacionalismo que emergía en Irán —de estratégico interés energético— o la segunda guerra árabe-israelí de 1956, que puso en riesgo los intereses de sus aliados franco-británicos en Suez, EE.UU. no prestó la atención debida a la grave situación económica latinoamericana. Incluso, es muy interesante el señalamiento que se hace en el trabajo al respecto de la asimetría con que EE.UU. prestó socorro a los problemas europeos y a los de América Latina. Fue evidente, desde la segunda posguerra mundial, que el despliegue de una ayuda como la del Plan Marshall no se vio nunca homologado con los recursos destinados a las naciones latinoamericanas, donde solo se incentivó la inversión privada, incomparable con la estatal, y casi a fondo perdido, que se dedicó a Europa. Ese segundo plano incluyó a los países del Caribe y motivó la desatención y las vacilaciones hacia los procesos políticos que estaban teniendo lugar en Cuba, de cuya trascendencia EE.UU. no se percató hasta muy tarde.

Por lo que se refiere a la política interior cubana, el autor muestra un perfil de Fulgencio Batista ponderado y objetivo: el caudillo que se apoya inicialmente incluso en los sindicatos, haciendo uso de una demagogia conocida en otros dictadores, pero que tuvo que convertir a su país en un paraíso fiscal para atraer las inversiones norteamericanas. El dictador, obsesionado por una imposible legitimidad, que pretendió la participación en las elecciones de una oposición condenada a no poder competir realmente, y a la que, en cuanto le falló como pantalla democrática, no dudó en someter a la más cruel represión. Un ejemplo más de los dictadores latinoamericanos que practicaron una perversión del modelo americano: deseaban sistemas autoritarios barnizados. Dictaduras, al fin, pero si era posible, con Constitución y con elecciones, hasta la hora de tener que decidirse y adoptar la dictadura desnuda, ya sin adornos ni paliativos.

Otro fruto reseñable de esta investigación muestra de qué modo la dedicación norteamericana —muy rezagada en lo relativo a los asuntos cubanos—, unida a las deficiencias informativas de los sucesivos embajadores, y a las contradicciones que se crearon entre los diferentes organismos estatales de EE.UU., provocaron la falta de apoyo a otras eventuales soluciones y el subsiguiente fracaso de movimientos como el del «Diálogo Cívico» o el del «Frente Cívico Revolucionario». Lo mismo que ocurrió con el último intento que se llevó a cabo, con la «Junta de Liberación Cubana», que se frustró también por no ser aceptadas las condiciones de Fidel Castro de no involucrar al ejército ni permitir la intervención de EE.UU. Es sumamente interesante el señalamiento de que todos esos grupos pudieron ser alternativas a la opción insurreccional que tal vez hubieran logrado una transición democrática. Pero no se cuidaron convenientemente por una nueva falta de realismo e insensibilidad respecto al progresivo alejamiento de las clases populares cubanas de sus políticos tradicionales, y de su acercamiento al «movimiento 26 de julio» de Fidel Castro. De hecho, el discurso castrotrista se identificaba mucho más con las antiguas y siempre despreciadas reivindicaciones

ciones de las clases medias y bajas que las promesas inciertas de una «democracia» que trataban de difundir los viejos políticos.

En la pugna final entre el movimiento insurreccional y la propaganda de los partidos legales apoyados por EE.UU, es también una observación de gran acierto el apunte del autor al respecto de la fragilidad que se evidenció de las redes clientelares batistianas, a la vez que sectores cada vez más amplios de profesionales y empresarios empezaban a apoyar el movimiento castrista, viéndolo como la única fuerza que podía desplazar a una dictadura, que tampoco podía ya garantizar sus intereses. Sin que por ello se deje de constatar en el trabajo que dichos sectores no habían optado por dar un apoyo al modelo de la insurrección, sino que actuaron estratégicamente para terminar con el régimen y poder construir después un potencial modelo democrático que surgiera de unas elecciones libres.

En el trabajo, se destaca, igualmente el último error de percepción de EE.UU. cuando por fin comprendió la seriedad del conflicto y trató de aglutinar las fuerzas de oposición a Batista, pero con la pretensión de excluir al movimiento encabezado por Fidel Castro. Eso manifestaba una postrera miopía, dado que ni siquiera las clases medias y hasta medias-altas de la isla dudaban ya de la imposibilidad de derrocar a la dictadura sin el liderazgo de Castro y de que las masas que le seguían se incrementaban ininterrumpidamente.

Vanni Pettinà ha logrado con este trabajo, no solo describir y cruzar entre sí los numerosos elementos, internos y exteriores, que confluyeron para desembocar en la revolución cubana de 1959, sino explicar e interpretar, desde su propia óptica, la interdependencia de dichos elementos y actitudes, que junto a la consideración tardía del problema por parte de la Administración Eisenhower, dieron lugar al triunfo del modelo insurreccional.

La consulta exhaustiva de los archivos del Servicio de Inteligencia del Departamento de Estado norteamericano, de la CIA, de la Hemeroteca de la Library of Congress, en Washington, los del Foreign Office del Reino Unido, los despachos de los embajadores españoles en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, los de la Dirección General de Política Exterior de La Habana y los propios Fondos de Fulgencio Batista, de la Cuban Heritage Collection de la universidad de Miami, además de los archivos del Komintern, de Moscú, junto a las Memorias de Khrushchev y sus discursos, dan la dimensión del contraste de fuentes y del trabajo tan profundo que ha sido imprescindible para la elaboración de este excelente libro. Asimismo, es muy de agradecer la aportación de un novedoso modelo metodológico que incita a ser seguido en pos del mejoramiento de la calidad de las investigaciones históricas.

María Dolores FERRERO BLANCO
Universidad de Huelva